

Massara, Liliana (2013), *Escrituras del “yo” en color sepia. Mujer, identidad y memoria en la literatura argentina*, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparadas, 196 páginas

Re

285-289

Denise Daniela Vargas*

Fecha de recepción

02 de febrero de 2015

Aceptado para su publicación

11 de febrero de 2015

El vínculo entre historia y literatura ha sido objeto de discusión a lo largo de las últimas décadas del siglo XX y se extiende hasta nuestros días. Luego de numerosas lecturas e investigaciones, esta autora tucumana presenta este estudio en el que acude a un *corpus* particular: las novelas escritas por mujeres en nuestro país, desde las últimas dos décadas del siglo pasado y la primera del siglo presente.

Este interesante volumen, que consiste en una introducción y diez capítulos –cada uno dedicado a una problemática particular–, está presentado por un prólogo escrito por Nilda Flawiá de Fernández un tanto revelador, ya que destaca la priorización del discurso plural de los textos trabajados por Massara que pone en cuestión la mirada monológica de los mismos.

Cuando estamos frente al interrogante de cómo contar la historia a través de la literatura, es imposible eludir los conceptos que el vínculo trae consigo: la memoria, la identidad y la política. Massara presenta sus propias concepciones en torno a estas ideas, sin dejar de tener presentes los aportes teóricos de Walter Benjamin,

* UNS. Correo electrónico: friducha12@hotmail.com.

Mijail Bajtín, Michel Foucault y Hayden White, entre otros, que se vuelven claves para realizar una relectura del campo político, cultural e identitario argentino.

La introducción –“Fin de siglo en la cultura y la literatura”– nos presenta un esigado de los temas que serán recurrentes a lo largo de los capítulos del libro. Massara presenta el problema de la fragmentación del “yo” y la anulación de las identidades como una de las numerosas consecuencias de la política dictatorial argentina. En este apartado, nos muestra el fuerte impacto de la violencia y la fuerza sobre las identidades durante la última dictadura militar, y nos advierte sobre los nuevos interrogantes dentro del campo literario nacional que implican la búsqueda de respuestas por parte de los intelectuales, tales como: ¿cómo narrar o nombrar lo innombrable?, ¿qué recursos permiten contar el horror de las desapariciones, la violencia y la injusticia? De esta manera, se abren nuevos debates en torno a los modos de escritura para decir la historia y serán las escritoras mujeres las que asuman el complejo hecho de narrar los hechos de la dictadura del ‘76 al ‘83.

En el primer capítulo –“La identidad. Problemáticas en torno a su construcción”–, destaca que el problema de la identidad tiene su anclaje en la memoria y a la vez, aquellas construcciones literarias de la memoria y de la identidad operan desde “narrativas en conflicto”. Las mismas cuentan con la presencia de numerosos discursos sociales que entran en discusión y se dividen en hegemónicos y antagónicos. La identidad, según sostiene, es una categoría inclusiva, flexible, heterogénea, y así se presenta en las novelas escritas por mujeres seleccionadas para este libro. La globalización lleva a replantearnos nuestras identidades, ya que sus representaciones, junto con la idea de nación, se complejizan cada vez más y el traspaso de un siglo a otro da como resultado una enorme complejidad identitaria. Massara encuentra esta problemática en algunos personajes de las novelas estudiadas como ocurre en *El fin de la historia* de Liliana Hekery o en *Breve Cárcel* de Sylvia Molloy.

El capítulo dos, denominado “Peculiaridades argentinas”, se divide en dos apartados: “Perfiles identitarios en la Argentina del siglo XX al XXI” y “Los procesos identitarios argentinos y la intelectualidad, a partir del siglo XX”. El primero nos explica la complejidad de nuestra historia cultural y para ello acude a Iuri Lotman, quien propone el concepto de semiósfera cultural para hablar de un complejo universo semiótico que redefine nuestra identidad en este espacio cultural. Seguido de ello, la autora nos presenta ejemplos trascendentales que hicieron y hacen a nuestra identidad: el radicalismo y su pluralismo político, la aparición de Perón, la crisis del orden conservador y la aparición de la dicotomía sarmientina aplicada como una nueva metáfora para hablar sobre la modernización del siglo XX. El segundo apartado nos muestra una serie de contiendas ideológicas vinculadas con la estética y el papel de la literatura en la sociedad del siglo pasado y una vez entrado el nuevo siglo. Los diferentes puntos de vista de

los intelectuales provocan fragmentaciones dentro del campo cultural argentino que van desde las divisiones entre clase política y grupo estético, pasando por el privilegio de la discusión política por sobre lo literario bajo la consigna de una literatura comprometida, para desembocar finalmente en una intelectualidad llena de incertidumbre por la ausencia de ideas que conduzcan a un nuevo camino identitario.

En el capítulo tres –“Acerca de la memoria y los procesos en torno a su representación”–, la autora nos aclara que la memoria escrita es una contribución, no solo para resistir el olvido de los hechos, sino para alertar indirectamente. Las novelas del corpus seleccionadas narran y representan los efectos identitarios que produjo la última tiranía militar. La articulación entre historia y memoria en la literatura se relaciona más con un proceso imaginativo que con la capacidad de “almacenamiento” que pueda tener la memoria. La misma surge de un trabajo de reconstrucción de lo que no está, de lo que ha sido y de lo que es, porque solo a través del lenguaje surge la posibilidad de poner en presente esa ausencia.

El capítulo cuatro –“Discursos autobiográficos. Grafías en los bordes”–, analiza algunos aspectos de la ficción literaria, especialmente la autobiografía. Esta es una construcción fronteriza en la que, según algunos, se articulan las narraciones de vida, que permiten definirla como “no ficcional” y según otros, es un espacio propicio para la ficcionalización. La autora advierte que, para el estudio del género autobiográfico, utiliza como paradigma *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, ya que la misma le ha permitido realizar observaciones sobre el modo de construcción del “yo” y del mundo propio. Massara se pregunta por la manera en que se va congeniando lo íntimo y a la vez se va expandiendo para ir en busca de otras posibilidades escriturarias, de otras formas de reflexión y adquisición del conocimiento para el sujeto inmerso en su propia historia.

“El fin de la historia o La historia sin fin” es el título del quinto capítulo. En él, la autora analiza la novela de Liliana Heker *El fin de la historia*, y sostiene que la misma presenta una continuidad con la tradición de la literatura argentina, ya que restablece un vínculo entre la política y la novela (así como en el siglo pasado lo hicieron Echeverría con “El Matadero” y Sarmiento con su *Facundo*). La novela de Heker construye y reconstruye discursos sociales heterogéneos y presenta a un sujeto que se pregunta cómo narrar lo inenarrable. La realidad no es un orden supremo porque la literatura no puede decir la totalidad del mundo, y esta novela es una manifestación de ello. Frente a esto, Massara se pregunta ¿cuál es el fin de la misma?, ¿es el fin de la (H)historia acontecida, de la que se cuenta o de la que se escribe?

El sexto capítulo –“Memorias en la piel. Territorios de cruce entre lo íntimo y lo ajeno”–, se centra en el estudio de dos novelas: *Fragmentos de siglo* de Liliana Bellone y *La mujer en cuestión* de María Teresa Andruetto. Cuando se analizan

ambos textos, la autora presenta la idea de quiebres y rupturas dentro de la literatura argentina, como manifestación de diversos modos de decir la realidad: algunos autores optarán por un recurso más transgresor, a través de un trabajo desmesurado con el lenguaje, mientras que otros optarán por la elusión, como es en el caso de Andruetto. Tanto ella como Bellone politizan la literatura y revisan a su modo una misma etapa y articulan pasado y presente en una conflictiva y compleja relación que puede verse en el entramado de las diversas voces que configuran múltiples versiones de una sola historia.

Los marginados serán el tema central del capítulo siete –“Los marginados de la Historia: escritura para sobrevivir la ingratitud del tiempo”–. Es por eso que la autora se ocupa de analizar los postulados sobre la ficción histórica y trazar un esbozo sobre *Cielo de Tambores* de Ana Gloria Moya. El objetivo de este apartado es problematizar el vínculo entre historia y ficción, para lo cual la novela de Moya es un ejemplo de las mutaciones que sufrió dicha relación ya que se demuestra así una nueva forma de representación e interpretación de pasado. La voz de los marginados reclama un lugar en la producción textual y esto se plasma en el texto de Moya, quien representa una parte de la historia argentina porque permite que la relate una minoría, a partir de otro imaginario social. Según Massara, esta novela es un relato épico que se aleja de los constituyentes formales de la tradición para narrar la violencia, la exclusión y las fisuras que sufren las identidades.

El capítulo ocho –“Mujeres que narran la historia argentina. De memorias, locuras y utopías”– se enfoca en el estudio de *Lupe* de Silvia Miguens. Esta novela presenta postulados en torno a la imposibilidad de contarlo todo aunque rescata la posibilidad de hilvanar los enunciados imprescindibles para decir la historia. La novela de Miguens, que recupera la figura de Mariano Moreno en boca de una mujer, busca el cómo decir “eso otro” y además, Massara sostiene que el discurso que se presenta en el texto transporta al momento presente; así tanto el exilio como el destierro, fundantes de nuestro pasado, se resignifican en este tiempo contemporáneo y nos permiten establecer relaciones con el discurso social de los años ‘70.

En el capítulo nueve –“Escritura y memoria: experimentaciones de una búsqueda”–, Massara recupera un tema de discusión que atravesó varios apartados de este volumen: la reflexión en torno a las nuevas estrategias de enunciación y la búsqueda por parte de los escritores de nuevos enfoques para analizar lo que fue y lo que es, como camino a otra conciliación con la cultura y la literatura. En el caso de las escritoras mujeres, pretenden establecer una relación auténtica y natural con el lenguaje y presentan obras que entablan rupturas con el contrato mimético. La autora recupera para su análisis *Augustus* de Liliana Bellone y retoma *El fin de la historia* de Liliana Heker.

Por último, el capítulo nueve –“Matilde Sánchez: la memoria en sus restos o los restos de la memoria”– presenta un trabajo crítico sobre las novelas de esta autora, material que invita a Massara a investigar no solo los modos de decir el pasado y a que operaciones remite para construirlo, sino también con qué actitudes morales y éticas Sánchez lee la historia, la política y la cultura argentina.

De este modo, Liliana Massara ilumina con luz propia los estudios sobre la relación entre literatura e historia argentina a través del análisis de los textos seleccionados con una sólida formación teórica, desde una lectura que abarca las discusiones estéticas en torno a cómo narrar lo inenarrable, y nos permite conocer cuáles son los recursos propuestos por las escritoras argentinas de los últimos años. En mi opinión, el presente volumen es imposible de soslayar cuando se aborda este aspecto de la literatura: representar la memoria.